

## BIBLIOGRAFIA

FRANCO LOMBARDI. *Concepto de Libertad*, Editorial Tridente, S. A., Madrid, España, 1955, 195 págs. Traducción del original italiano al castellano por Constantino Láscaris y Guillermo Malavassi.

El libro "Concepto de Libertad" de Franco Lombardi, es una obra polémica, en la que el autor analiza diversas posiciones filosóficas acerca del problema de la libertad, para llegar a establecer su solución personal: la libertad gravitante.

Antes de entrar en el tema central de su obra, la libertad, Lombardi define su posición filosófica como una posición más acertada entre empirismo e idealismo. Critica a Platón y a Aristóteles por haber colocado las ideas universales como base de lo real, y a Kant por su "a priori" que establece principios fijados de antemano para conformar la experiencia. La posición de Lombardi es la del realismo crítico: el individuo es el que construye el mundo de la verdad, al colocarse como centro y sujeto del mundo real. Ese individuo tiene libertad aun para errar, posición filosófica contraria a la de Aristóteles y a la de Benedetto Croce. No es el sujeto trascendental de Kant, sino el individuo concreto de Kierkegaard, con sus problemas personales. Lombardi postula "una nueva y acentuada criticidad" (pág. 14) en la sensación y en cuanto al sujeto trascendental del idealismo, que debe ser sustituido por "la individualidad concreta del hombre singular" (pág. 19). Lombardi propone la auténtica vía socrática: un pensamiento que brota de la experiencia; el sujeto como fuente y como centro de su experiencia, va construyendo su verdad. También ese individuo concreto va viviendo una ética, que no es la ética del deber por el deber del imperativo categórico de Kant, sino una moral humanista, una moral de la dignidad: una vida es virtuosa cuando la juzgamos digna de ser vivida por nosotros, por ser también una vida digna de los hombres.

Pero el vivir del hombre es algo concreto. La autoconciencia, como presencia del sujeto

conigo mismo, se da en cada hombre individual, en su realidad concreta del proceso de la vida. Además, el espíritu en esa vida está sujeto a una dialecticidad, a una lucha continua para realizar lo que él escoge como valor, abandonando el no-valor. De ahí que la libertad del hombre, para Franco Lombardi, sea una "libertad gravitante", una libertad que es al mismo tiempo responsabilidad de los actos propios, y crisis, decisión crítica y continua en la vida. "Sólo nos es aceptable como concepto propio, y no espúreo, de libertad, el que puede dar razón de una responsabilidad de nuestros actos; sólo es aceptable aquel concepto de responsabilidad que permita comprender... que nosotros hubiéramos podido proceder de manera diferente de aquélla, como de hecho hemos obrado". (Pág. 45). "Se trata del concepto de libertad (o de actividad del sujeto) tomada constitutivamente como crisis, es decir, simultáneamente como sentencia y como decisión, en el sentido filológico del término, y esto en cada paso y palabra que el individuo viviente debe realizar y que realiza de hecho por las vías cada vez más complejas de su vivir orgánico, de su obrar, de su saber psicológico y del pensar discursivo o lógico". (Pág. 45).

Franco Lombardi enfoca la libertad en tres planos: en el plano psicológico-moral, en el físico-cosmológico y en el político-sociológico.

En cuanto al plano psicológico-moral, el autor analiza las doctrinas sobre responsabilidad y libertad: la doctrina clásica (libertad absoluta, a la que se agregan después condiciones para disminuirla); positivismo y determinismo que niegan la libertad; el panteísmo que considera un espíritu universal con actuaciones necesarias; el idealismo que es un determinismo racional. Frente a estas teorías,

Lombardi afirma la suya: responsabilidad del individuo en cada hecho histórico. La historia no es obra de un Espíritu universal que sólo quiere el bien, según piensa Croce, sino de individuos humanos, pecadores, en los que luchan el bien y el mal. El valor moral lo realiza el individuo sobre sí mismo, pero sin aniquilar su individualidad humana.

Lombardi critica después las teorías en cuanto al plano físico-cosmológico de la libertad: Teoría Platónica (la libertad como independencia del espíritu respecto al cuerpo y a la materialidad del mundo). Es ésta una libertad abstracta e irreal, que deja sin resolver muchos problemas. Materialismo: considera el pensamiento como producto del cuerpo. No hay libertad, sino mecanicismo y determinismo. Lombardi rechaza la negación actual del principio de causalidad, oponiéndole el principio de la libertad y la vida, Max Planck y Einstein creen en la determinación científica rigurosa; además, la ciencia no ha dicho aún la última palabra sobre ese problema. Vitalismo: principio de la vida, que dirige y regula la materia; cae en el determinismo, al observar las leyes físicas siempre realizadas y confirmadas.

La solución de Lombardi es la libertad gravitante: cada individuo histórico, con ciertas circunstancias de lugar y tiempo, con influencias de los antepasados y de la humanidad, que, como dice Lombardi, "arrastra como en sí el peso de la materia, del cuerpo, de los sufrimientos, de la enfermedad, de la miseria", (pág. 146), pero que con todo ese peso se realiza mediante una decisión y un esfuerzo de cada instante, es decir, con una libertad como crisis.

En cuanto al plano político-sociológico de la libertad, Lombardi examina las teorías políticas, buscando su punto de partida. Las teorías políticas que parten del individuo no logran fundamentar bien el Estado, como se observa desde los griegos hasta el jusnaturalismo. Los derechos del individuo son los principales y se le resta valor al Estado. Este surge de un contrato entre los individuos, que no logra explicar muchos aspectos del Estado, por ejemplo su poder sobre la vida de los ciudadanos en caso de guerra. Para los jusnaturalistas, como Rousseau, el individuo es anterior al Estado. Las leyes del Estado están incluidas en las leyes de la naturaleza, o en las de una Razón eterna. El derecho y la justicia se salvarían en un mundo ideal y eterno,

diferente de éste donde a menudo triunfa la injusticia. Las teorías políticas que parten del Estado no pueden explicar la realidad de los individuos. Se encuentran especialmente desde el romanticismo alemán y desde el idealismo. Son doctrinas historicistas, sociológicas, positivistas, como el idealismo hegeliano, el marxismo, etc., que exaltan la obra del Estado y de la Historia, sin reconocer el valor del individuo. Explican la sociedad y el Estado en forma abstracta. La Escuela Histórica del Derecho considera un derecho que corresponde a una cierta sociedad en una cierta época; su peligro es el relativismo. Hegel inmerge la Razón divina en el proceso histórico; esa Razón se va revelando al través del proceso histórico divinizado. La doctrina de Hegel, así como el marxismo, establecen un determinismo histórico, el primero de la idea y el segundo de la economía; ambos incurren en otro error, el de terminar la Historia con un hecho señalado de antemano: la muerte del pensamiento y de la Filosofía para Hegel y la preponderancia de una clase social para Marx.

Franco Lombardi piensa que el contrato social debe ser considerado como un asentimiento tácito de los ciudadanos para pertenecer al Estado, pero sin que ellos pierdan el derecho de crítica. El Estado debe respetar la libertad y la responsabilidad de los individuos. Estos son capaces de corregir los errores de su organización políticosocial y de encauzar de un modo diferente el curso de la Historia. El Estado se justifica como una necesidad de los individuos y no como obra perfecta de un Espíritu universal; los responsables de esa obra son los individuos y los pueblos.

El libro de Lombardi es muy valioso, pues presenta la tesis de la "libertad gravitante" que renueva las energías del hombre para la lucha y lo hace triunfar de las limitaciones orgánicas, de la herencia, de las malas condiciones del ambiente, de la miseria, de los sufrimientos y de las dificultades de toda clase. La libertad gravitante nos permite hacernos lo que somos, nos transforma espiritualmente mediante la decisión, nos ayuda a alcanzar una sabiduría cada vez más profunda y una comprensión más amplia de la humanidad. Pero la libertad más elevada no fue un patrimonio de la humanidad desde su origen, sino que es la meta ideal que ha de alcanzar la sociedad.

MARTA JIMENEZ

KARL ROSENKRANZ, *Vita di Hegel*, Traducción al italiano y notas de Remo Bodei, Vallecchi Editore Firenze, pp. 460. 1966.

Karl Rosenkranz nació en Magdeburg en 1805. Desde 1824 estudió teología y filosofía en Berlín, donde frecuentó los cursos de Marheineke, Schleiermacher y Henning. Pero no fue sino hasta 1829 que conoció personalmente a Hegel. En 1833 pasó como sucesor de Herbart a la cátedra de Königsberg. *Rosenkranz*, constitucionalista moderado y hombre de amplia cultura, fue uno de los más fieles seguidores de la filosofía hegeliana, representando en la escuela el *juste-milieu* entre los conservadores de la Derecha y el radicalismo de la Izquierda. Ha dejado una vastísima producción, que comprende, además de las obras "sistemáticas" (*System der Wissenschaft*; *Meine Reform der Hegel'schen Philosophie*; *Wissenschaft der logischen Idee*), varios ensayos de historia de la Filosofía, de Estética, de Política (*Handbuch der allgemeine Geschichte der Poesie*; *Geschichte der Kartischen Philosophie*; *Politische Briefe und Aufträge 1848-1856*; *Aesthetik des Hässlichen*; *Diderots Leben*).

Hoy que la filosofía de Hegel es para la cultura internacional fecundo terreno de comparación, reflexión y de manipulación ideológica, una más exacta valoración de la figura y de la obra del filósofo de Stuttgart ha llegado a ser exigencia largamente sentida. Comprender a Hegel significa, además, darle una dimensión y una perspectiva histórica que ponga de relieve los puntos de adherencia y de separación entre su problemática y la de nuestros

días. En este sentido, el libro de *Rosenkranz* permanece un instrumento de gran validez, ya sea, porque no es una simple biografía sino el *desquebrajamiento* de toda una época, o sea, porque proponiendo soluciones de mucha crítica reciente, o desenmascarando tantas pretendidas novedades, muestra claramente que *espe-sor* han alcanzado las frecuentes interpretaciones de Hegel.

Aparecida en 1844 cuando la Escuela se había prácticamente disuelto, la *Vida de Hegel* puede ser considerada también como documento autónomo de historia de la cultura, uno de los últimos episodios de la polémica en el interior del hegelianismo para establecer la naturaleza verdadera de la enseñanza del Maestro: desde este punto de vista es una notable contribución al conocimiento de la filosofía post-hegeliana del Vormärz. A pesar de las lagunas que después de más de 120 años de estudio y de investigación, que no pueden dejarse pasar desapercibidas, la obra conserva todavía intacta su robusta vitalidad. Esto no significa que los muchos méritos de este libro deban inducirnos a aceptar todas las tesis de *Rosenkranz*, ni tampoco callar sus posibles límites ideológicos. La *Vida de Hegel* se inserta como elemento insustituible en el ámbito de aquel *corpus* textual, cuyo conocimiento directo y profundizado es necesario para la seriedad del debate alrededor del pensamiento hegeliano.

JOSE ALBERTO SOTO B.

AGUILAR MACHADO, ALEJANDRO. *Historicismo o Metafísica*, México, 1967, pp. 35.

Ha llegado a mis manos, por gentileza de don Alejandro Aguilar Machado, su conceptuoso estudio sobre el historicismo de Dilthey, que ha venido siendo para él motivos de hondas meditaciones y que conoce exhaustivamente: filósofo el más enterado de la obra diltheyana en Centroamérica, a juicio de Láscaris, ese otro filósofo de relevantes méritos y bien conocido en Hispanoamérica.

Dada la importancia que han alcanzado en la actualidad las nuevas corrientes filosóficas, en particular la razón histórica del gran pensador alemán, he creído conveniente hacer al-

gunas consideraciones sobre el particular, como simple aficionado de la filosofía, y, como tal, sin pretensiones que no caben en quien escribe estas líneas. Desde fines del siglo pasado, la filosofía parece haber venido descendiendo desde el vasto mundo de sus abstracciones metafísicas, a un plano en que el Ser —ya al margen de especulaciones escolásticas—, se proyecta en perspectiva de dos dimensiones: la del mundo objetivo, fenomenológico, y la del interior o subjetivo. Vale decir, que se ha llegado a la plena aceptación de verdades que no pueden ser rechazadas,

como producto de la experiencia personal, en sus relaciones con el mundo exterior y con el presente histórico en que cada ser que se desenvuelve, y, por otra parte, verdades que nacen de la razón pura y se hallan sometidas, consecuentemente, a normas o categorías ontológicas. Se perfila así, un nuevo carácter; el de sujeto, el de persona, el de ser biológico. Desaparece lo que era ente de razón para convertirse en sujeto que piensa, siente y actúa. Incorporado éste a la humanidad, en los diversos procesos históricos, conserva en la amplia y compleja trama de sus experiencias, y dentro del ámbito social en que se desenvuelve, su poder creador que aliente en la mismidad de su ego. Tal es como interpreto una de las directrices filosóficas que emanan del historicismo de Dilthey. "El ser humano, primero vive y después conoce" —dice don Alejandro. Yo agregaría —conforme lo que ve Dilthey—: y luego comprende, pues que en la comprensión despierta el sentido trascendental de nuestra existencia, como una flor translúcida. Se vive con todo lo que somos y pensamos, con todo nuestro ser orgánico, dice Carrel, en "La incógnita del hombre". En las experiencias del ser con el mundo, y a través de las adquiridas en el discurrir de las generaciones, el hombre se renueva, mas conservando su temple individual por sobre los avatares de la historia. De ahí ha surgido un nuevo concepto de la cultura en que lo vital demanda sus imprescriptibles derechos. A este respecto, escribe Ortega y Gasset —admirador de Dilthey y al que califica de primer filósofo del Siglo XIX—: "El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad".

Y agrega: "Dentro de pocos años parecerá absurdo que se haya exigido a la vida ponerse al servicio de la cultura. La visión del tiempo nuevo es convertir la relación y mostrar que es la cultura, la razón, el arte, la ética quienes han de servir a la vida. La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital". "En las experiencias de la vida, dice Dilthey, aquéllas que se basan en la realidad del mundo exterior y en mis relaciones con él, son las importantes". Y escribe luego: "El complejo de mis inducciones, la suma de mi saber, reposan en estos supuestos, basados en la conciencia empírica". ¡Y todavía quedan filósofos que siguen captando al hombre, en dimensión ontológica, como un inflexible esquema mental! Viéales pasar por la calle y me darían la impresión de silogismos que caminan. Transcribe don Alejandro, de Dilthey:

"La última palabra del espíritu no es la relatividad de toda concepción del mundo, sino la soberanía del espíritu frente a cada una de ellas". No sé por qué encuentro en Hegel una identificación con dicha frase, cuando, empeñado en justificar la inestabilidad de todas las diversas concepciones filosóficas que en el mundo han sido, expresa: "Cada principio tiene que ser reconocido como necesario. Porque es necesario resaltar en una época como lo más elevado. Después se prosigue adelante, de modo que lo anterior es sólo un ingrediente en la nueva determinación, en la posterior; pero el principio anterior es asumido y no rechazado". (Introd. a la historia de la filosofía, Ed. B.A., p. 82). Es decir, que tales cambios, en el orden del espíritu y de la historia, son formas de una sola actitud permanentemente creadora, en la que, reteniendo el presente una parte del pasado, va superándose en etapas sucesivas y hacia un fin imprevisible. Del hontanar de nuestras más íntimas experiencias (Dilthey las llama "vivencias") emergen impulsos vitales que se manifiestan no sólo en el ámbito de la creación artística sino en todos los quehaceres humanos. Don Alejandro explica: "La vivencia es el hecho inmediato; es la primera realidad del que se vive a sí mismo y vive en las cosas sin razonar las causas de tales actitudes. Es un proceso anterior al del conocimiento". De los grandes pensadores de los últimos tiempos se descubren, en la ingente obra de Dilthey, aspectos fundamentales que se entrelazan lógicamente en la vasta malla del historicismo. Y es así como encontramos en ella la voluntad de vivir (Schopenhauer): la razón vital (Ortega); el intuicionismo (Bergson); el ente, en su problemática del Ser (Heidegger); lo fenomenológico (Husserl). Todo ello propendiendo a una captación del ser como persona, como ser biológico. Hegel escribió un pensamiento de gran significación. La historia —dijo— es la justificación de Dios. Dilthey lo complementa tácitamente, como verdad desprendida de su doctrina, y puede agregar: Y ES TAMBIEN LA JUSTIFICACION DEL HOMBRE; toda vez que al enlazar éste sus experiencias a las de generaciones precedentes, configura, mejor dicho, va configurando el panorama real de su existencia dentro de su mismidad, y como voluntad de acción que lo impulsa espontáneamente hacia adelante, hacia un nuevo y más significativo estado de conciencia. Lo cual revela que hay permanentes conexiones y sentido lógico, difícilmente reco-

nocibles, en la profusa urdimbre de lo histórico-social. "Las concepciones del mundo no son producto del pensamiento —explica el gran filósofo—, no nacen de la voluntad de conocer. La captación de la realidad constituye un factor importante en su formación, pero no es más que uno. Surgen de las actividades vitales, de la experiencia de la vida, de

la estructura de nuestra totalidad psíquica". Pensamiento que cobra resonancia en aquel de Goethe: "El hombre no se conoce a sí mismo sino a través del mundo que descubre únicamente en sí, tal como él se descubre únicamente en aquél".

JORGE SAENZ CORDERO

ANTONIO BALLI. *No hay salvación para los hombres*. XII. Departamento de Biología, Cátedra de Zoología. Universidad de Costa Rica, Facultad de Ciencias y Letras.

C. B. Goodhart, profesor de Biología en la Universidad de Cambridge, acaba de publicar un artículo (A biological view of toplessness. *New Scientist*, 1964) sobre la moda del "topless" en las mujeres. Estando el tema relacionado con el comportamiento social del hombre, me pareció interesante hacer un comentario con el fin de poner una vez más en clara evidencia hasta qué estado alarmante y digno de piedad está encaminándose la humanidad.

¿Por qué ha tenido tanta repercusión en el mundo civil el hecho de que muestren o no muestren el seno las mujeres? Parece que la invención del "topless" fue nada más un expediente publicitario de algún interesado que lo excogitó por el simple gusto de verse mencionado en los periódicos, si la nueva moda hubiera sido seguida, aunque fuera fugazmente, el resultado fue contrario a la expectativa. Todo el mundo está ocupándose del asunto, que se considera bastante raro.

Nuestra sociedad —dice Goodhart— es sumamente sexualizada. Probablemente esto sea la consecuencia de la vida tan innatural que estamos viviendo. Trabajamos de noche, a la luz eléctrica, mientras deberíamos dormir. Dormimos en las mañanas de verano, cuando la luz del sol ya desde varias horas ha hecho su aparición. Comemos alimentos tan elaborados que es difícil conocer su verdadera naturaleza. No nos alimentamos cuando tenemos hambre, como hacen los animales, sino en las horas de acuerdo con el trabajo ritual. Y así podríamos continuar una larga enumeración de hechos. Solamente una cosa existe en común entre los hombres y los animales: la atracción física entre individuos de sexo distinto. Es lógico —continúa el autor— que sea así: el hombre defraudado en todas las aspiraciones de su naturaleza, se

siente cada día más atraído hacia las cosas del sexo, las únicas que no han sido sofisticadas por la civilización moderna, o lo han sido muy poco. Una vez establecido que existe este tipo de interés, la sociedad pensó, sin tardanza, en explotarlo. Pero, cuando se habla de sexualidad de la sociedad moderna —continúa el autor— no se quiere decir que el hombre y la mujer de hoy día lleven una carga sexual superior a la de los hombres y de las mujeres del tiempo de Carlomagno, sino que los hechos inherentes al sexo no quedan encerrados entre persona y persona, sino que pertenecen natural y diariamente a todos.

Que los hombres están viviendo una vida cada día más innatural lo dije yo también en otros capítulos de esta misma serie de trabajos, llegando a la conclusión de que, si continuamos a este paso, la especie humana tendrá que desaparecer muy pronto. Ya poco de natural nos queda, y para luchar contra las adversidades del ambiente, que no son pocas y sí difíciles de enfrentar, tendríamos que recurrir a las armas que la Madre Naturaleza nos donó. Pero desgraciadamente, no tenemos, de muchas de ellas, más que un recuerdo muy lejano.

Donde no estoy totalmente de acuerdo con el autor es cuando admite que la única cosa que nos queda en común con los animales es la atracción física hacia el sexo opuesto. Mientras los animales se buscan entre ellos principalmente con el fin de reproducirse, los hombres actúan, muy a menudo, como si fueran salvajes o locos, ávidos nada más que de placer. Qué ejemplo más lamentable estamos ofreciendo a los animales, a los cuales no queremos reconocer ningún privilegio sino en forma inferior con respecto a nosotros. La situación que nos domina es algo desastroso; es la peor condena que pueda merecer quien comete delitos tan graves. El hombre de hoy ya

no tiene conciencia de nada, ni respeta por sí mismo; prefiere gloriarse de sus malas acciones que de sus virtudes. Las graves preocupaciones que nos angustian en la vida las merecemos. La naturaleza es demasiado buena con hijos tan malvados.

A la frase del autor que dice que la sociedad humana moderna no presenta una carga sexual superior a la del tiempo de Carlomagno, se le podría contestar que lo que varía es, tal vez, el ambiente de hoy día, que yo considero mal sano y mucho más inclinado hacia el mal. Además, la gente moderna se gloria de sus malas proezas. Los hombres admiten sentirse más hombres, y las mujeres más mujeres, si se demuestran a sí mismos y a los demás que viven lejos de la naturaleza.

Todo el mundo —dice Goodhart— se interesó inmediatamente por la cuestión de si se puede o no tener el seno descubierto. Si el "topless" no ha tenido gran éxito desde el punto de vista comercial, se debe al hecho de que en casi todos los países las leyes de policía han intervenido prohibiendo su uso. Si no fuera por eso, continúa el autor, muchas mujeres lo habrían adoptado con la misma facilidad con la cual se pintan los ojos y se depilan las axilas.

Lo que Goodhart dice no me convence. Muchísimas mujeres hoy se pintan los ojos, pero no pienso que las mismas se arriesgarían todas a salir de su casa en "topless". Sería un paso demasiado largo que, tal vez, solamente mujeres de fáciles costumbres, podrían darlo: las mismas que lo hacen hoy día en cualquier otro lugar, escondidas más o menos entre cuatro paredes, en compañía de otras mujeres y hombres, todos depravados. No sería entonces cuestión de número, según el parecer de Goodhart, sino, por lo menos en prevalencia, de ambiente.

El "topless" ha tenido un gran éxito porque —dice Goodhart— el seno determina una cierta reacción por parte del hombre; probablemente por el hecho de que el hombre no lo tiene y encuentra en eso el signo evidente de aquella diferencia entre él y la mujer, que está en la base del interés sexual.

Tampoco esta última conclusión me parece que tenga el valor que el autor le atribuye. Otros fenómenos deben intervenir, más estrechamente relacionados con el factor sexo. No es porque el hombre no tiene el mismo seno que la mujer, que eso ejerce tanta influencia en los hombres.

El hombre —dice Goodhart— es estimulado fácilmente a través del órgano de la vista. Es por eso, por ejemplo, que las fotografías de mujeres bonitas interesan a los hombres, contrariamente a lo que pasa en las mujeres con respecto a los mismos. Las mujeres, en cambio, son más sensibles a las excitaciones táctiles.

Si el hombre se siente particularmente excitado por lo que ve, lo es todavía más por el contraste de los colores. En efecto, una de las razones de la eficacia del seno de la mujer es debido, parece, al contraste cromático entre el color claro de la piel y el color más oscuro del pezón y de la aureola. Si el seno de las mujeres negras y de piel amarilla es menos atractivo que el de las mujeres blancas, depende de la falta de aquel contraste. Goodhart añade que la costumbre, por parte de las mujeres negras, de mostrarse con el seno desnudo representa, por eso, un acto menos inmoral que si fueran mujeres blancas.

Una mujer con traje de baño, con traje de noche o vestida de tal manera que deja ver la forma del seno, pasa casi inobservada por la ausencia del contraste mencionado. Pero hay que pensar también al interés que despierta lo oculto, del cual Goodhart no habla.

El autor piensa que en contra del "topless" están dos hechos: la costumbre milenaria de mantener el seno cubierto, y la hostilidad por parte de aquellas mujeres que no presentan un seno suficientemente bien hecho para mostrarlo. El autor atribuye una de las causas de este último inconveniente, a la costumbre de las mujeres de ponerse, desde muy jóvenes, el sujetador, que obstaculiza el paso de la sangre que alimenta y da forma natural al seno.

La conclusión del autor es que la moral no está ni protegida por una gran camisa que llega hasta los pies, ni afectada por el "topless". Como no es verdad lo contrario: que la moderna exhibición de piel quita la fuerza al sexo. Si así fuera —continúa Goodhart— eso significaría que la atracción sexual es sólo la consecuencia de que las cosas del sexo están, aun hoy día, envueltas en un cierto secreto, y no que el sexo es una fuerza invencible cuya finalidad es la conservación de la especie.

El autor podría en eso tener razón, pero con una condición: que quien lleva el "topless" lo haga sin ninguna mala intención, lo que me parece muy raro, porque si así fuera no necesitaría seguir una moda de fama tan

incierta, cuando sería mucho más fácil y menos arriesgado continuar cubriéndose el seno. Hablar, pues, de una fuerza propuesta a la conservación de la especie, para mí no tiene sentido en lo que se está tratando. Parece que el autor está buscando una excusa que lo libere de la responsabilidad de esta su rara manera de pensar. Creo que él tendrá muy pocos partidarios: probablemente sólo o por lo menos en prevalencia, hombres y mujeres de la misma incierta clase a la cual pertenecen las mujeres que sigan la loca moda del "topless".

Goodhart termina su exposición afirmando que poco a poco esta moda tendrá éxito. Es difícil predecir el futuro, pero pienso que la profecía del autor no se realizará. La sociedad humana ya está muy enferma pero, por lo menos hasta ahora —así lo esperamos— no tanto hasta el punto de que se presenten las mujeres en público, por así decir, desnudas. Si hubiere mujeres que lo hagan, no piensen ganar otra lucha en la vida. Habrá hombres que las admiren y las cortejen, pero no será más que por instantes, pues pronto se darán cuenta de que las mujeres que están admirando son de todos. Y una mujer en

común entre muchos hombres parece pertenecer a una exhibición de animales durante una feria, donde quien pague más se hará dueño del campeón en venta. Se corre el grave riesgo, pues, de verse privado del animal por otro señor más rico. Es sabido que los hombres, al menos la mayoría, se vuelven locos frente a ciertas mujeres. Pero que las mujeres no olviden, por su parte, que de esta locura los hombres pueden curarse. Las mujeres pueden usar, pero no abusar, de cierto prestigio personal para capturar a los hombres, si no quieren caer en el olvido o ser detestadas.

De todas maneras, si la moda del "topless" llega a tener éxito, será otro ejemplo del abominable ambiente en el cual se está ahogando la sociedad humana, y de esta locura todo el mundo tendrá que sufrir las gravísimas consecuencias. Luchemos y luchemos sin descanso por un porvenir mejor de nuestra especie. ¿Qué diría De Chardin de los "topless" si viviera aún? ¿Qué pensaría ahora de la socialización? No creo que eso pueda representar un punto en favor a su teoría.

A. B.

